



Capítulo 270

Yuman observaba atónito la escena que se desarrollaba ante él.

No era el único.

Los caballeros sagrados que momentos antes habían bajado la mirada, como si todo hubiera terminado.

Los sacerdotes que habían estado ejerciendo su poder divino hasta el final para detener al Serafín de los Celos.

Incluso aquellos que habían mostrado expresiones de desesperación e impotencia.

Todos ellos.

Contemplaban atónitos la escena que tenían ante sus ojos.

Un hombre, radiante en una luz blanca y pura, con la puesta de sol a sus espaldas.

Un hombre que había creado una galaxia salpicada de los tonos del atardecer en el cielo.

Un hombre de pie en medio de una lluvia de meteoritos.

El marqués Palatio.



Desde el cielo pintado con la puesta de sol, llovían meteoritos azules.

Espléndidos, hermosos.

Y...

¡KWAHHHHH!

Destructivos.

Cientos, miles de meteoritos descendieron del cielo, apuntando al pecado naciente de los Celos, y se lo llevaron todo.

Las alas que debían servir como nutrientes.

El gran capullo que debía dar a luz un cuerpo.

Al igual que la diosa Sironia borró todo lo imperfecto de este mundo, tal y como está escrito en las escrituras.

«¿Qué demonios es eso...?!».

En ese momento, alguien exclamó.

Pero nadie respondió.



Ni siquiera la persona que habló parecía esperar una respuesta.

Era simplemente asombro.

Pura reverencia.

Todos los presentes compartían el mismo sentimiento.

Entre ellos, Yuman miró hacia abajo, al Rosario.

Algunos meteoritos que no habían alcanzado al Serafín caían ahora hacia el Rosario.

La tensión lo invadió por un instante.

Pero entonces...

«...»

De repente, un meteorito estalló en el aire.

Para ser precisos...

Fue bloqueado sin esfuerzo por un resplandor divino invisible y de un blanco puro.

Yuman se dio cuenta rápidamente.



Que se trataba de un mecanismo de defensa divino de la fortaleza impulsado por el poder sagrado de Rosario.

Sin embargo...

«La defensa de la fortaleza solo debería activarse con al menos dos cardenales presentes».

Justo cuando surgió la duda, una escena pasó por su mente.

Alon hablando con Yutia anteriormente.

«Ah».

Yuman se dio cuenta de que Yutia y Sergius no estaban presentes en ese momento y soltó una risa hueca.

Eso significaba que...

Alon lo había sabido todo el tiempo.

Desde el momento en que llegaron aquí, él sabía que esto sucedería.

Por eso...

«Esto es... el Santo Oculto».



Yuman miró a Alon con ojos que ahora iban más allá de la reverencia.

Huff...

Tan pronto como terminó la lluvia de meteoritos, Alon descendió al techo del templo usando Paso del Trueno.

Inmediatamente desactivó el Cielo Inverso y jadeó para recuperar el aliento.

Haa...

Su corazón latía sin control, sus ojos perdían el foco y luego recuperaban la claridad repetidamente.

«¿Aguanté 30 segundos...? ¿40 segundos...? Supongo que este es el límite sin usar la divinidad».

Alon se limpió la sangre caliente que le goteaba de la nariz y pensó.

«Pero incluso esto fue un resultado suficiente. Logré aguantar incluso sin la divinidad».

Alon no había utilizado la divinidad durante el ritual que acababa de realizar.

En otras palabras, había utilizado el hechizo con todas las medidas de seguridad desactivadas.

Aunque eso podría haberle derretido el cerebro o roto el núcleo de maná y matarlo.



La razón por la que Alon había corrido ese riesgo era simple: ya no podía permitirse quemar imprudentemente su poder divino como antes.

La cantidad de divinidad acumulada ahora era completamente diferente a la que tenía entonces.

Sabiendo que la lucha contra el pecado no terminaría con una sola batalla, la había conservado.

«Aun así, me alegro de haber conseguido lo que quería».

Alon miró al cielo.

Allí, emitiendo extraños chirridos, estaba el Serafín de los Celos, o más bien, el capullo del pecado, ahora destrozado y desgarrado como un trapo.

El capullo había sido golpeado por la lluvia de meteoritos antes de que el cuerpo pudiera formarse correctamente.

«He hecho todo lo que he podido».

Literalmente, había hecho todo lo posible en ese momento.

Había atacado antes de que el Serafín de los Celos pudiera transformarse completamente en un pecado, infligiendo el máximo daño posible.

Pero más importante que eso...



Había eliminado la reverencia que estaba destinada a convertirse en el poder del pecado de los Celos.

Y había protegido a los ciudadanos, que ahora no eran más que seres puramente blancos.

A diferencia de otros pecados, el poder del pecado de los Celos se fortalecía según la veneración y los celos que acumulaba el Serafín.

Por eso Alon había decidido aparecer ante todos y utilizar su ritual abiertamente, incluso empleando el Paso del Trueno.

Para robarle al pecado tanta veneración como fuera posible.

«Si tan solo hubiera podido ganar un poco más de tiempo...».

Ese pensamiento pasó brevemente por su mente, pero Alon apartó el arrepentimiento.

Incluso si hubiera mantenido el Cielo Inverso durante más tiempo, no habría podido acabar por completo con el pecado de los Celos.

Por lo que él sabía, una vez que un pecado comenzaba a despertar, ningún ataque podía eliminarlo por completo, solo infligirle un daño casi catastrófico.

En otras palabras, para matar un pecado ya despertado, primero había que presenciar su nacimiento.

De hecho, Alon lo había confirmado durante la lluvia de meteoritos.



En cierto momento, el capullo que había sufrido graves daños dejó de recibir más daños.

Aunque esta era la realidad, el pecado parecía un objeto invencible de un juego.

Alon lo encontró absurdo, pero se armó de valor.

Era algo que había que hacer ahora, sin importar nada más.

Alon contempló el pecado, que comenzaba a agitarse lentamente en su estado destrozado.

En ese momento.

«Esto es un poco desagradable».

El Apóstol de la Pureza, o más bien, el Apóstol de los Celos, miró al cielo con el ceño fruncido, disgustado al ver a los cardenales, los caballeros santos y los sacerdotes corriendo hacia el Rosario como olas que retrocedían para ayudar a Alon.

Donde posó su mirada, el sol se había puesto completamente detrás de la montaña y la oscuridad se había apoderado del lugar.

Allí, el capullo no era más que harapos.



«...Marqués Palatio».

El Apóstol de los Celos escupió el nombre como si lo estuviera masticando y luego golpeó el árbol en el que se había apoyado con golpes secos.

Si no hubiera sido por ese hombre, todo habría salido según lo planeado.

El Serafín de los Celos habría florecido con éxito tras devorar a los sacerdotes, caballeros y cardenales de Rosario como ofrendas.

Al mismo tiempo, con las fuerzas eliminadas, habría absorbido la reverencia y el miedo de los estúpidos humanos y habría despertado como un pecado.

Para cuando «Él» se manifestara, su ejército habría envuelto completamente a Rosario.

Pero ese plan perfecto se había esfumado.

Todo por culpa de un solo hombre.

«No, llamarlo «solo» un hombre me parece inexacto. Sus habilidades son verdaderamente extraordinarias».

El apóstol miró a Alon, que se erguía en lo alto del techo del templo.

Efectivamente, su poder superaba lo que el apóstol había evaluado.



No, en ese breve momento de abrumadora demostración, parecía que toda su evaluación había sido errónea.

Había sido un espectáculo que incluso lo había dejado sin palabras.

«No tengo más remedio que reconocerlo».

El apóstol lo admitió sin rodeos.

Que había subestimado al marqués Palatio mucho más de lo que debería.

Que ese hombre era una amenaza mucho mayor de lo que había previsto.

Al mismo tiempo, sintió alivio.

Porque ya se había preparado incluso para este tipo de situación.

¡Snap!

El apóstol chasqueó los dedos alegremente.

Y entonces...

¡KWA-DUDUDUDUDUNG!

De la tierra árida, comenzaron a surgir seres de color blanco puro, iguales a los que había creado el Serafín de los Celos.



No solo donde él miraba.

Sino por todo Rosario.

Los seres de color blanco puro se arrastraban desde el suelo.

—¿Qué demonios?!

—¡Waaaah!

El apóstol tarareó una melodía al oír los gritos que llegaban desde la capital de Rosario.

Estos seres de color blanco puro eran creaciones de la autoridad divina del apóstol.

No eran nada comparados con los seres de color blanco puro creados por el Serafín del Pecado.

Pero, aun así, no importaba.

Aunque cada uno de ellos fuera débil por sí solo...

Su abrumador número lo compensaba.

Había pasado cientos de años preparándose para este momento.



Y ahora, los frutos de ese trabajo por fin habían madurado.

Lamentos desesperados.

Gritos que se elevaban y se superponían.

Cuanto más caos llenaba el aire, más se curvaban los labios del apóstol con satisfacción.

Estos seres que había creado...

Devolverían la reverencia robada, interrumpida por una interferencia inesperada, a «Él».

Al escuchar el éxito de su plan de respaldo a través de los sonidos que lo rodeaban, el apóstol extendió la mano, apuntando a Alon, que aún se encontraba en lo alto del templo.

Era un hombre cauteloso por naturaleza.

Normalmente, no habría actuado de forma tan imprudente, pero el apóstol ya había comprendido la situación.

Que ese mismo momento era su oportunidad.

Cualquiera podía ver que Alon estaba agotado.



Tanto que ni siquiera podía detectar correctamente un simple hechizo.

«Si lo derribo ahora, no quedará nadie que interfiera en Su nacimiento».

Con ese pensamiento, el apóstol reunió maná en sus dedos.

¡Wooooong~!

El maná oscuro se arremolinó de inmediato, devorando el aire con una fuerza escalofriante.

En ese momento...

¡Boom! ¡KWOOM!

Una fuerte explosión resonó en los oídos del apóstol.

Lejos.

Desde un lugar que tal vez ni siquiera estaba dentro de su campo de visión.

Y entonces...

Lo vio.



Dos rayos de luz que se precipitaban a lo largo de las murallas este y oeste de Rosario hacia él.

Una luz dorada tan deslumbrante que casi le quemaba los ojos solo con verla.

Y algo completamente negro que parecía que lo tragaría al abismo.

Al darse cuenta de que algo inusual estaba sucediendo, el apóstol dejó de acumular más poder y disparó inmediatamente su hechizo contra Alon.

Pero en ese mismo momento...

Se dio cuenta.

El maná que había disparado...

Ni siquiera pasó la muralla exterior de Rosario y se borró tras rozar la luz dorada.

¡CRACK!

Y entonces...

Innumerables manos negras, que se habían extendido hacia Alon, retorcieron la mano del apóstol en una dirección grotesca...

Creakkkkkk...



Volviéndola hacia él mismo.

Y entonces...

«¡¿Guh?!»

Al momento siguiente, los ojos del apóstol se abrieron de par en par por el dolor insoportable, como si le estuvieran desgarrando las extremidades.

Y ante sus ojos...

Dos figuras ya habían llegado.

«Bastardo, ¿cómo te atreves a tocar a mi hermano...?»

Con un sinfín de manos negras girando amenazadoramente a su alrededor, el Rey de las Maldiciones miró fríamente al apóstol.

«Tú... ¿qué eres?», dijo el Dios del Trueno, envuelto en un relámpago amarillo brillante.